
Fedro Guillén*

BARBA JACOB
el hechizado

Yo mismo he pensado cuán interesante habría de ser un artículo en que un autor —si fuera capaz de ello— nos describiera con todos los detalles cómo una de sus creaciones alcanzó paso a paso el estado definitivo. Muy a pesar mío no soy capaz de decir por qué jamás ha sido entregado al mundo semejante informe.

Edgar Allan Poe
La filosofía de la composición

Hace un cuarto de siglo, al escribir mi *Vida de Beethoven*, no pretendí hacer una obra de musicología. Estábamos en 1902. Pasaba yo por un periodo penoso, pródigo en ese tipo de tormentas que destruyen y renuevan. Había huido de París para ir a buscar asilo durante diez días junto al compañero de mi infancia, junto a aquel que ya me había sostenido más de una vez en la batalla de la vida: Beethoven...

Romain Rolland
Obras Escogidas

Hacia la historia de este libro**

Navego —verbo de la bandera de Ulises, patrón de singladuras del autor de este libro, marino alguna vez— hacia la búsqueda de un tema y un enigma: cómo nace un libro...

Idea lanzada al aire entre la genialidad de cielos negros del gran poeta norteamericano, Poe.

Es posible que al crear, se van amontonando idea sobre idea como marcas geológicas que apuntan el viaje de planetas (o libros), cada cual sujeto a determinadas, inflexibles órbitas.

En el caso del maestro Rolland, como en el de tantos otros, se acercó a escribir sobre Beethoven en pos de un ancla salvadora.

Alguna vez, vi entrar a casa un hombre con bastón mayestático, distinto a como (en la geografía de mi niñez), imagino a los poetas, era Porfirio Barba Jacob.

El paisaje hogareño se extendía sobre una campiña por donde pasaban

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencias de la Comunicación FCPyS-UNAM.

** Capítulo I de "Barba Jacob el Hechizado", que aparecerá en 1990.

auullando trenes nocturnos; mi padre y el poeta solían pasear por una avenida de eucaliptos y palisandros, al final de jardines silvestres con corolas y dorados girasoles, donde charlaban al amor de un fuego manso que encendían.

A lo lejos había un contrafuerte de montañas y el orto diario de luz y pájaros era grato para quienes descendimos de los que saben arar la tierra y oír si se acerca un animal o un aguacero.

Años después leí versos del gran poeta colombiano y una mañana lo visité, con algunas dudas, por la moral intransigente para juzgar al prójimo como si el peso de pecados dependieran todos los maravillosos tesoros terrenales o si el pecador no tuviera, caso de Barba Jacob, una capacidad lírica reconocida.

Siempre será mejor no dar oídos a gentes agrias que padecen una lengua blanca quemada por grumos tóxicos.

Los estudios que he leído sobre Barba Jacob, son en su gran mayoría estudios raudos a veces buenos desde el punto de vista de la crítica literaria. Pero han visto poco hacia el interior del caminante que hizo de México su casa.

La figura de quien nació en horizonte de cañaverales, de Santa Rosa de Osos, al menos es propicia para que el observador resbale o quede apresado entre enredaderas de mitos y anécdotas, que fueron como eco de broncerías de poemas sonoros; el tiempo va decantando, suprimiendo lo adventicio y en el crujido de hojas secas o arborescencias de una poesía *intemporal* (palabra del libro póstumo de P.B.J.), el corazón tatuado por dolores y ensueños del errabundo colombiano reclama que se le oiga plenamente, con diástoles de luz y sistoles de sombras.

Nuestro enfoque no busca ser sólo un juicio estético, sino que trata de acercarse al drama vital del poeta, que vagó devanando un huso con nudos gordianos y en medio del cuadro que describimos aparecen algunos de quienes lo trataron.

Nada se oculta pero nada se condena.

No hacer del presente libro únicamente una visión del poeta que supone desviar riachuelos del caudal, figura grata a Barba Jacob, que mantuvo presente el rumor de aguas fluviales entre primeros recuerdos que lo situaban en sus tierras de Antioquía.

Carece la figura del poeta —a primera vista— de señales del Humanismo que hemos rastreado en otros estudios. Pero nunca en esos libros se ha buscado sólo virtudes. Algún profundo zumo vital efunden quienes, como Barba Jacob, van dando pasos golpeándose la frente. Estos últimos pueden ser héroes de la belleza aunque deban cargar el peso y penitencia por múltiples pecados...

Quien lea a artistas de esta laya con óptica sin prejuicios, puede sorprender hallazgos: “Y que, bajo el laurel, el héroe rudo algo de niño tiene que tener”. (Poema “Lamentación de octubre”).

El poeta fue amigo de algunos de los nuestros, lo frecuentamos al final de su vida, estuvimos ante su tumba en Medellín, Colombia.

No se ha seguido un hilo cronológico estricto y si a veces se cae en merodeos abónese a la ruta de azar y aventura que amaba Porfirio Barba Jacob.

¿Cómo un escritor de la dimensión del nacido en Colombia llegó a estar en hospitales públicos, “Palacios de Invierno”, de Verlaine...?

¡Todos tenemos algo de culpa frente a casos así o cuando escritores como León Bloy piden limosna en calles de una “Ciudad Luz”!

Al poeta *de la vida profunda* muchos preferían situarlo bañado por la cruda luz saturnal que se mueve a tontas y a locas. Algo ardía en su rostro, en sus enigmas, que no eran sólo capricho o anécdota. Tratemos de descubrirlo aferrado al maderamen del tiempo, como un náufrago, repitiendo como en uno de sus más bellos poemas, que ya no era hora de aprender...

El hechizado

Así lo vio Jorge Benjamín Franklin Cárdenas —hechizado— con perfilesotérico y agresivo, mechón de pelo que a veces caía sobre la frente y mirada traslúcida como buscando islas de cristal en una Atlántida remota.

El bello dibujo apareció en “Revista de Indias”, de Bogotá y se ha reproducido, como el grabado de Leopoldo Méndez. El trabajo del artista nuestro fue en madera pero parece aguafuerte por sus luces y por sus sombras.

Hechizado y capaz de hechizar: ¡he allí el secreto!

Hay un Barba Jacob con rostro demoníaco que hemos visto en diversas publicaciones, donde el poeta luce colérico, con unicornio y barbas de chivo, obra sin firma que alguien atribuyó al salvadoreño Toño Salazar, dibujo que responde a la imagen funambulesca con las que el poeta se disfrazaba y resulta grata a quienes gustan descubrir pajas en ojos ajenos.

Hay otras, escasas fotografías. En el libro *Porfirio Barba Jacob, Obra Poética* (Ed. Domés, México, 1985) aparece una mesa de agasajo y el ángulo deja ver a comensales volteando la cara para ser alcanzados por la cámara. Uno de ellos podría ser Edmundo O’Gorman, quien fue promotor de un libro del poeta; está cerca de Heliodoro Valle y de Leonardo Schafick, dos de sus amigos cercanos.

Barba Jacob luce su mirada impositiva, con el traje negro que solía llevar y si el tiempo y la autoridad económica lo permitían (frase robada a la tauromaquia) el atuendo lo completaban zapatos de charol y un elegante bastón con empuñadura.

Las copas de la mesa están aún vacías, tapadas con tarjetas.

En otra estampa, de 1941, un año antes de su muerte, hay una azotea no identificada, cerca de un tonel con agua y el poeta aparece con el saco abierto, chaleco, manos en la cintura, sombrero y mascada de pañuelo blanco junto a la solapa. La figura se recorta sobre un parque de abajo —¿La Ciudadela?— y hay

en la actitud de P.B.J. algo de desenfado o tal vez, desafío, como quien condujera los carros de sol...

Parece tener lentes y resalta su delgadez de siempre. Moreno, más alto que bajo, con un cuello donde la manzana de Adán era notoria, como la mandíbula firme, agresiva.

Porfirio Barba Jacob gustaba vestir con elegancia. No siempre pudo hacerlo, pero poseía un aura acorde con su charla, magnetizada, —en la que hemos de insistir— ocurrencias, bromas como hablar de murciélagos en cajas de cartón, prisioneros en su cuarto y la fabulación continuaba que hay árboles que para ser trasplantados se necesita que un murciélago coma la semilla y lo que cae, fructifica...

Si el visitante al desordenado cuarto de P.B.J. no lo conocía como humorista, no dejaba de alarmarse pensando en una especie de Gabinete del Doctor Galigari...

A veces cigarros baratos chupados con fruición, en vez de marcas populares de entonces (“Tigres”, “Faros”) era dable suponer, dentro de la fantasía, que eran de la familia de la *Canabis Indica*, tan cerca, a veces de la realidad como del mito del trashumante colombiano.

No todos lo vieron en su mejor hora de elegancia, no sólo en el vestir. La primera vez que lo entrevistamos en un hotel de mala muerte, en la calle de Ayuntamiento, de nuestra metrópoli, estaba con un suéter desvaído. Sus ropas a veces tuvo que dejarlas como abono de pago en posadas baratas. No olvidamos de esa mañana que sus ojos en los que vio Elías Nandino reflejos de un saurio tranquilo, fosforecían en su rincón en penumbra como dos ígneas monedas que daban rostro un ímpetu categórico, recostado perezosamente en una mecedora.

Todos recordamos cómo Arévalo Martínez interpretó esas líneas (“El hombre que parecía un caballo”) y oímos charlar al escritor de Guatemala sobre el admirado P.B.J. e incluso publicamos una entrevista con el poeta colombiano en *El Imparcial*, de la citada ciudad que lo vio llegar dos veces.

En la última influyó en la renovación del mencionado diario.

Como nuestro diálogo publicado allá fue en los últimos meses de 1941, tuvieron mayor importancia las palabras del poeta, pues al iniciarse el siguiente año *buscó su barca en la atarazana*, frase de Alfonso Reyes, uno de los más viejos amigos de Barba Jacob.

Recordémoslo, con su aire de antiguos modales de Colombia y sus desafíos envueltos en humorismo negro y blanco, como de tarde en tarde vuelve a nosotros. Por gracia de un poema o revelaciones de anécdotas, no todas verídicas pero casi siempre alusivas a extravíos sexuales; con sus versos de raras esencias lingüísticas y semienvuelto en aroma de superstición, toques eléctricos que lo acompañaron en vida y que forman parte de su estampa póstuma...

Rodeado de leyendas amorosamente cultivadas para pasmo de cierta ingenuidad, de la que se burlaba y júbilo de quienes festejan el espíritu de destrucción, común en el gremio literario, en opiniones, comentarios y juicios.

Figuras prometéicas, como la de Barba Jacob, aspirante a robar todos los fuegos para luego ahogarse entre cenizas, son propicias para quienes olvidan la saeta bíblica de que *el destructor comienza por destruirse...*

¿Existe un raro designio para acercarse más a la orilla del mal que a la del bien...? ¿Es problema de herencia, educación, temperamento...?

¡El primer autodestructor a veces era el poeta!

“Bruñir mi obra y cultivar mis vicios”, escribió en alguna página que como en otras o en pasajes de sus charlas, más que reflejos de cinismos la sentimos como oblación o vapores de otros tiempos, un tanto anacrónicos, que han llegado a nombrarse “dorados”, entre melenas, chalinas de seda y flores alegóricas en el ojal...

El verso citado volvimos a oírlo en Medellín, en una velada, de labios de un joven en trance al eyotismo.

Yo tuve un dolor tan íntimo y tan fiero
de tan cruel dominio y trágica opresión
que a tientas en las ráfagas de su huracán postrero
fui hasta la muerte... un alba se hizo en mi corazón...

Hay que observar el último renglón de “Canción de la hora feliz”, de Barba Jacob.

Buscar la muerte, temerla y amarla.

Hasta que se presentó un 14 de enero, celebrando esas nupcias acompañado de un Crucifijo en las manos y sobre el pecho, en el anhelado estuario (“Un alba se hizo en mi corazón”).

Murió —anticipémoslo— con paz y creencias de sus primeros días entre un horizonte de cañas de Santa Rosa de Osos y de Angostura.

En el mismo poema dice algo reiterado en su obra: “Que la alegría es lúgubre y quedarán marchitas sus rosas en la onda de lúgubre vaivén”, revelación del que presiente, adivina, espía, tras la locura del carnaval la ceniza simbólica del miércoles definitivo.

¿Hay en todo dionisiaco un escondido escéptico...? .

La tesis la planteó un admirador del poeta, José Vasconcelos, —a su vez muy respetuoso por P.B.J.— quien en bellas páginas hizo el trazo del *Pesimismo Alegre*, aunque el propio maestro mexicano, reconoció una vez en mesa que gustaba iluminar con Oportos, para el rito de medio día, que el título hubiera sido mejor, *Pesimismo Heroico...*

A mitad del poema que citamos Barba Jacob sonríe, como ratos lo intentaba y en medio de una trepidación nihilista (“Ya no creeré en nada... ni aun en la

poesía), surge la frase de contrapunto, reconviniéndose: —“Poeta, ¿en qué quedamos”...?

Oscilar, reír, lamentarse es camino de todos y en el poeta de Colombia tomaba rumbos de su temperamento, de su vida a relámpagos, tras la luz del entusiasmo —como en el día— las sombras crepusculares de la endecha.

“Canción de la hora feliz” podría interpretarse a primera vista como alusión a la muerte, aunque el título no se avenga.

Tiene otra línea que nos parece clave del festivo que conoce la sombra que sigue a la claridad del gozo pasajero: “Y que hay en la orgía un grito de payura”, que confirma la idea de que no todos entran a la fiesta con el mismo ánimo.

No se trata de establecer clasificaciones en tan oscuro laberinto, pero hay espíritus, como el escritor José Revueltas, quien a veces iba a visitar a Barba Jacob acompañado de Renato Leduc, de Pedro Garfias, que sostenía una extraña tesis: que el vino lo tornaba más puro, mejorándolo. Eso dijo a sus camaradas políticos cuando lo instaron a dejar las copas y todos sabían la obsesiva honestidad del gran cuentista mexicano.

Oyendo lo que pensaba Revueltas llegamos a preguntarnos si el argumento lo compartía su hermano Silvestre, músico genial al que quiso tanto.

La sed casi metafísica de los Revueltas (Fermín fue un gran pintor) era parte del drama cotidiano de P.B.J.

“Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo... el día del adiós a todo cuanto amamos”...

Un brindis por la muerte, como para un dibujo de José Guadalupe Posada.

En el poeta de Colombia el alcohol era uno de los pétalos de sus *Flores del Mal*; sus enfermedades, su pobreza crónica, sus desvíos sexuales, eran parte de la misma moneda y quería ganar la partida entre volutas de mariguana...

Leyendo despacio el poema que hemos desgajado, uno debe preguntarse si al final de las embriagueces el túnel de esos goces desbarranca en un precipicio y algo que nos parece presente en Barba Jacob: se atizan carbones pero entre las pavesas surge la Expiación.

Algo así ocurre pensar al que ve ritos indígenas en Chiapas, en Carnaval, cuando después de varios días de libaciones se echan a caminar descalzos sobre brasas encendidas.

El escepticismo, la posible contrición empujaban al poeta colombiano a difuminarse, perderse, buscando que los demás tuvieran otra imagen de su realidad.

Esa impresión se tenía cuando estaba charlando con naturalidad y al ver a alguien al que quería sorprender, volaban invenciones alucinantes como las del Palacio de la Nunciatura, en la ciudad de México, cuando el poeta juramentaba que había noches en que los fantasmas elevaban muebles en el espacio...

Tal vez, en más o en menos, no siempre somos los mismos frente a diferentes personas. Lo extraordinario en Barba Jacob era su capacidad de fantasear como

parte de una fuga aérea y a ratos su imaginación ardía como meteoro.

La primera vez que lo encontramos, pues P.B.J. había sido amigo de casa, intuimos su raro designio de metamorfosearse. El amigo que fue con nosotros, serio para ser joven y estudiante, recibió dos o tres frases juguetonas, un poco para ponerlo a prueba, como se lo explicamos a la salida.

Algo sabíamos del poeta desde días lejanos. Conoció a nuestro padre en redacciones mexicanas y después, por el destierro político de Flavio Guillén, coincidieron bajo el cielo proverbialmente intacto de Guatemala.

Cuando Porfirio Barba Jacob puso su mano de excelente periodista en *El Imparcial* guatemalense, solicitó colaboraciones a nuestro padre, a José Rodríguez Cerna, a Arévalo Martínez, a Carlos Wyld Ospina, al que dedica elogios en “La Divina Tragedia”, breve y bella autobiografía.

A los tres alcanzamos a conocerlos. Don José era magistral cronista y en México había compartido máquinas de escribir, con P.B.J., en *El Universal*, de Palavicini.

El nombre de Rafael Arévalo Martínez está ligado a la historia, los libros, las querellas con el poeta de Colombia. Al intransigente Barba Jacob no le gustó la edición de “Rosas Negras”, promovida por Arévalo, en Guatemala, para ayudarlo en una de tantas agonías del poeta colombiano, quien con estilo tajante, escribió:

Mas cuando digo mi obra aludo a lo que salga a la luz impresa en tomos de ediciones dirigidas por mí, con prólogo mío, con el sello de mi intransigencia. Lo demás, lo que anda por allí, no lo reconozco...

(Todas las citas de P.B.J. cuando no se indica su procedencia corresponden a sus páginas autobiográficas, “La Divina Tragedia”.)

Carlos Wyld Ospina, de familia de origen colombiano, excelente novelista con el que seguramente se encontró el poeta en Quetzaltenango, Guatemala, fue colaborador de una publicación fundada en tierra mexicana —“Churubusco”—, en años de la Decena Trágica. Como muchas otras en varios países el animador fue P.B.J.

La revista no estaba a favor de Francisco I. Madero y eso significa que desde entonces fueron plurales los extravíos políticos del autor del maravilloso poema, “La Canción de la Vida Profunda”...